

Creemos que no existiría una especial diferencia entre el modelo de fortificación y la preferencia de emplazamiento entre unos poderes y otros, sino más bien una serie de decisiones de ocupación en función de los usos que la fortificación debería tener. Lo explicaremos desde el punto de vista de la arqueología espacial: a medida que los yacimientos se instalan en altura y se separan de las zonas directamente productivas desaparecen con más frecuencia de la documentación. Nuestra opinión es que su funcionalidad y utilidad se hacen más coyunturales y específicas conforme el castillo sube en altura y se separa de los entornos productivos, y más polifuncionales cuanto más próximo esté a las infraestructuras de comunicación y producción. Su transferencia entre poderes sólo se hace visible en algunos casos muy concretos.

Sin embargo, aquellas fortificaciones altomedievales con presencia documental más abundante parecen desempeñar un papel importante en la organización y control del territorio que dominan. Están ubicadas muy en las proximidades de las áreas productivas y de las vías de comunicación, siguiendo el modelo habitual de los posteriores castillos bajomedievales. Es el caso del castillo de Cedofeita (Lérez), el Castillo de Aranga (Aranga) o el Castellum Minei o castro de Marce (Pantón), ubicados al borde de las intersecciones viarias establecidas, aunque también figuran algunas fortificaciones en altura que ejercieron un papel claramente jurisdiccional, como el castillo de Labio (Lugo) o el castillo de Lobeira (Vilanova de Arousa). En general, son estas fortalezas acreditadas documentalmente las que nos permiten disponer de un modelo más o menos claro de fortificación altomedieval para los siglos IX o X. Se trata de recintos pequeños, de unos diez metros de diámetro, construidos para guarniciones reducidas de diez hombres, siguiendo el modelo que se definiría en Galicia como 'castelo roqueiro': una fortificación que se basa esencialmente en la orografía para su defensa y que llegó con una salud excelente hasta las Guerras Irmandiñas en 1467. El modelo, en muchos casos, se construye alrededor de un gran peñasco que sobresale en su entorno, y que ejerce la función de *donjon* del castillo. En algunos casos, especialmente abundantes en el área luguesa, ese peñasco se complementa por uno de los lados con trabajos de construcción de fosos y levantamientos de terraplenes que permiten ganar espacio habitable en las proximidades de la roca. Este es el caso del castillo de Rubiás (Lugo), que es una excelente fósil director porque fue arrasado por un conde gallego y mercenarios normandos en el siglo X y no volvió a ser utilizado como tal.

La orografía gallega facilita la ubicación de las fortalezas en los extremos de los valles, donde abundan los oteros abruptos, pero la definición de la reali-



Castillo de control viario. Castelo de Vilacampa (O Valadouro, Lugo) Foto: Manuel Miranda

dad arqueológica del período debería empezar por la palabra diversidad. En diferentes puntos de la geografía gallega, existen motas de valle (Palas de Rei, Forcarei), que siguen el modelo tradicional de foso y elevación central térrea. Un análisis toponímico con todo, ha multiplicado el número de casos sobre el terreno, incluso en áreas orográficamente más accidentadas, introduciendo un modelo de castillo estrictamente vinculado a las áreas productivas, como puede ser el caso de Malburgo, en Forcarei. En algún punto, como en la costa luguesa, las motas pueden hacerse más complejas, adoptando modelos de *motte & bailey*, al más clásico estilo normando, como pudiera ser el caso de Moutillós, en la playa de San Román (O Vicedo, Lugo), una espectacular fortificación sobre un acantilado que controla un puerto natural abierto al Cantábrico. Está compuesta por la mota (limitada por el acantilado y con un posible foso divisor) y un recinto más amplio con foso y muralla también. Y no debemos desdeñar una variable muy constante en Galicia: la reutilización de fortificaciones de la Edad del Hierro combinando reformas y reparaciones con las estructuras originales castreñas. En comarcas como la Ulloa el uso de túmulos y castros como puntos defensivos es la constante habitual en las familias aristocráticas hasta que el noble Gonzalo Ozores, vencedor de una guerra *civil* entre las dos familias de poder en la comarca, decide crear un nuevo concepto de poder señorial y construye en el siglo XIV el Castelo de Pambre para visibilizarlo.

En algunos casos, la toponimia (que es muy precisa a la hora de describir fortificaciones medievales y diferenciarlas de otro tipo de yacimientos) nos permite profundizar y especular en las variaciones de modelo de fortificación a lo largo del tiempo. Es el caso de la *Torre Nova* y la *Torre Vella*, en Antas de Ulla, en las laderas del Monte Farelo, también en los límites de la Ulloa. Son dos fortificaciones separadas entre sí por 500 metros, sin barreras intermedias. La *Torre Nova* sigue el modelo de fortificación descrito para las fortalezas del siglo IX, en la que un gran peñasco central